

EL ECO DE CARTAGENA.

Martes 3 de Diciembre de 1878.

EL POLO NORTE.

ULTIMOS VIAJES A LAS REGIONES ARTICAS
El Alert y la Discovery.

I.

Mientras bien arropados y con los pies en los morrillos de la chimenea nos quejamos algunas veces de los rigores del Invierno, ¿no habéis pensado alguna vez queridas lectoras, en los audaces buques que se aventuran en los mares árticos entre las montañas de hielo, en los atrevidos viajeros que desafían los frios de más de cuarenta grados para descubrir algunos puntos del globo llenos aun de misterios, para conquistar, en fin, el polo Norte?

Conquista inútil, dicen muchos. Es verdad; no se encontrarán en aquellas regiones territorios ricos y esmaltados de verdura; la nieve y el hielo se extienden sobre su vasta sábana; allá toda vegetación, sólo se encuentran focas y osos blancos, y algunas aves palmípedas que desafián con su caliente plumaje los frios más intensos, y que en caso de amor pueden trasladarse de un vuelo a regiones más hospitalarias.

¿Qué obtendrán después de estos viajes al polo Norte? Nada probablemente, a no ser la toma de posesión de territorios que desde hace muchos siglos han lanzado una especie de desafío a los navegantes: no resultará más ventaja de conocerlos que la que resulta de escalar las más altas montañas, plantando su bandera sobre las cimas de los picos más inaccesibles; pero una fuerza instintiva nos repite sin cesar que el mundo entero es nuestro dominio, y que es un deber y un honor para nosotros el estudiarle y recorrerle en todos sentidos.

Este pensamiento preocupa de tal manera a los marinos, que toda la región, helada que se extiende más allá del 83° está en vísperas de sufrir un verdadero asalto. Quieren estos valientes que el polo Norte se rinda como una plaza fuerte; atacado por todos lados, tendrá que rendirse un día u otro, permitiendo que algunos audaces se declaren sus vencedores. Americanos, ingleses, suecos y austriacos se coligan para alcanzar esta victoria científica.

Seis caminos parecen los más convenientes para conducir a este fin: el estrecho de Behring, que quiso seguir Gustave Lambert; el estrecho Smith, seguido por Kane, Hayes, Hall, y últimamente por la expedición Nares; la Groenlandia oriental, el Spitzberg, la costa occidental de la Tierra de Francisco José, y la costa occidental de la misma Tierra.

El estrecho de Smith, es decir, el paso del Oeste de Groenlandia, parece ser la vía predilecta de los americanos y de los ingleses; siguiendo esta línea Kane en 1854, y Hayes en 1867, saludaron los primeros el famoso mar libre más allá de 82 grados.

Parece que los grandes obstáculos empiezan en el 82 grado, y sin embargo, a pesar de los contratiempos sucesivos sufridos en estos parajes por los más intrépidos marinos, las 180 leguas que faltan serán inevitablemente recorridas, respondiéndonos del éxito la audacia y la tenacidad de los navegantes. Este triunfo pertenecerá probablemente a los americanos. Pero antes de hablarlos de la expedición de Howgate y de sus compañeros, quiero contaros brevemente el interesante viaje del «Alert» y la «Discovery», estos dos buques ingleses que se han batido en retirada ante la imposibilidad de ir más lejos.

II.

El «Alert» y la «Discovery» salieron de Uppernavick, el 22 de Julio de 1875; entraron en la bahía de Baffin y siguieron al Oeste a todo vapor. Los dos buques no tardaron en verse envueltos de una densa niebla y avanzaron con dificultad, rodeados por los bancos de hielo, viéndose obligados para abrirse paso a cortar el hielo. El 25 de Julio, con gran sorpresa de la tripulación; el mar estaba libre, y descansaron en el puerto de Joulke.

El Comandante Nares dejó el puerto de Joulke el 29 de Julio; esperaba encontrar en aquellos parajes un campamento de esquimales; pero el campamento estaba abandonado por ser tiempo de caza.

El 29 de Julio franquearon el estrecho para ganar la costa occidental; al principio los dos buques navegaron unidos; pero asaltados por una tempestad, se separaron a 15 millas del cabo Isabel; los hielos aparecieron de nuevo, lo que no impidió al «Alert» el reunirse con la «Discovery», que había tomado la delantera; uno y otro fundearon a dos millas del cabo Sabino, en un buen puerto que recibió el nombre de Puerto Payer, por llamarse así el hábil explorador de la Tierra de Francisco José.

La expedición quedó tres días prisionera en el puerto Payer; los hielos se habían acumulado delante del paso, y aunque algunas veces parecían alejarse, cuando los marinos aparejaban para salir, se cerraban bruscamente; en fin, el 4 de Agosto, un vendaval del Sudeste separó definitivamente la barrera de hielo; y se pudo doblar el cabo Sabina; navegaron después algún tiempo a lo largo de la costa meridional de Hayes Sound, hasta que encontraron

un pequeño puerto, en donde fundearon.

Delante de ellos se extendía una hermosa llanura cubierta de abundante vegetación, en la cual se reconocían las trazas de bueyes y de otros animales.

Continuaron subiendo hacia el Norte, pero las dificultades creían, y con ellas los peligros. En medio de una noche oscura, los marinos que estaban de guardia observaron a algunos centenares de metros de distancia un enorme banco de hielo que se acercaba lentamente en dirección del «Alert», amenazando aplastarle. A toda prisa se calentaron las máquinas, y gracias a su gran velocidad el «Alert» pasó al lado de la montaña sin que ésta le tocara.

Después de haber escapado a su destrucción, los dos buques entraron el 8 de Agosto en un mar libre a la altura del cabo Victoria.

Las embarcaciones pudieron fundear con cierta seguridad en los parajes de la tierra Grinnell, y quedó probado que la tierra del «Presidente», indicada por Hall, no existe.

(Concluirá.)

MISCELÁNEA.

EL MES DE FIANZA.

Un alemán que ha dedicado largas horas de observación y estudio a nuestras costumbres, y que no se dedica sólo a criticarlas como algunos otros muchos extranjeros, sino que propone los medios oportunos para corregirlas, me comunicó ayer tarde un proyecto de gran utilidad y de mucho interés.

Abrán bien los oídos todos los que no tengan casa propia, y por consecuencia se hallen revestidos del modesto carácter de inquilinos. Escuche también el Gobierno, por la parte que le toca en el proyecto alemán.

Todo individuo que alquila, o como vulgarmente se dice, «toma» una casa, está obligado a pagar, según tradición y rutinaria costumbre, un mes adelantado y otro en fianza. El importe de la última subsiste en poder del casero hasta la terminación del inquilinato como segura y eficaz garantía del cumplimiento de todas las obligaciones del mismo.

Que la fianza exista lo comprendo, y hasta lo creo necesario; porque si con fianza y todo ocurren tantos chascos, ¿qué no sucedería desde el momento en que los dueños de casa fuesen tan generosos que prescindieran de dicho requisito?

Pero lo que juzgo más oportuno es que la fianza se entregue a una de las partes contratantes, logrando hacer improductivas para su legítimo due-

ño fuertes cantidades que muchas veces, contra toda ley económica, se estancan sin beneficio para nadie, y otras son utilizadas por quien seguramente no tiene derecho alguno de propiedad sobre ellas.

Sirvan estos antecedentes de introducción al proyecto de mi amigo. Ya sabéis que se trata de las fianzas que los inquilinos depositan en manos de los caseros.

Estas, según mi amigo, debían constituirse en la Caja de depósitos, abriéndose al efecto una sección especial en dicho centro, que pudiera muy bien llamarse «Sección de fianzas de inquilinatos.»

Los depósitos especiales de dicha clase reportarían a los deponentes un pequeño beneficio anual por vía de interés. De este modo podrían utilizarse por el Gobierno cuantiosas sumas que ascienden en Madrid a un capital fabuloso, dentro por supuesto de las restricciones y garantías que son propias del caso.

El inquilino percibiría un pequeño «rentado» que hoy se ve privado, y el casero, lejos de sufrir menoscabo en sus intereses, los encontraría suficientemente garantidos.

Apuesto cualquier cosa a que ninguno hacendista ni ciudadano de los que viven en casas de alquiler había meditado nunca respecto de tan peregrina idea.

Me alegraría mucho de verla establecida muy pronto en España porque me interesa por el bien de mis semejantes, y sobre todo no dejaría de serme grato el recibir a San de año, para Navidad, por ejemplo, un recuerdo «imprevisto» ya que tantas gastos me ocurren de «imprevisto».

LA SISA.

Entre las varias defraudaciones que se cometen en los fondos domésticos, la más generalizada es la que vulgarmente se conoce con el nombre de sisa.

Así se denomina a la pequeña cantidad que harten paulatinamente las criadas en la compra diaria de comestibles.

Como la costumbre, al cabo de cierto número de años, adquiere fuerza de ley, tendremos que convenir en que la sisa es una defraudación hasta cierto punto legal.

Rara será la criada que no sisé a sus amos, aunque no sea más que un ochavo ó un cuarto diario por conservar la tradición.

Para no ser víctima de tan irritante defraudación se presentan dos sistemas: el preventivo y el represivo.

Consiste el primero en evitar toda ocasión de que pueda llevarse a cabo la sisa, y se funda en el segundo en el enérgico é inmediato castigo de la delincuente, una vez comprobado el hecho criminal.